



Fotografía: Mariana Yampolsky. St./sf. Puebla, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

Conceptualización de los saberes y el conocimiento

María de las Mercedes de Agüero Servin

Universidad Iberoamericana | Santa Fe, Ciudad de México
mercedes.daguero@uia.mx

De entrada asumo que la legitimidad de todo saber, sea popular, técnico o culto, o de todo conocimiento científico o filosófico, se otorga por la simple razón de ser *sabiduría*. Esto es, de ser un acto de inteligencia y prudencia práctica de la humanidad; y que tanto el sentido predominantemente teórico como el práctico son indisolubles; si acaso se reconocen

algunas distinciones y fragmentaciones es con fines especulativos, sobre todo para su mejor entendimiento. Así, toda sabiduría es legítima como virtud superior, o como una sabiduría entre muchas otras: en ambos sentidos el saber es auténtico y verdadero.

En el presente trabajo abordo las concepciones de “sabiduría” y “conocimiento” con la pretensión

de aclarar la legitimidad social del sentido común y la sabiduría popular en la educación de adultos. El propósito es fundamentar la idea de que la sabiduría popular debiera ser punto de referencia y de partida en los programas de educación básica para adultos. Asimismo, establecer la distinción del saber en un sentido amplio, y del conocimiento en un sentido particular —para la ciencia y la filosofía—, este último como uno de los fines de la educación formal.

Sabiduría y conocimiento: una reflexión conceptual

Para la filosofía el *conocimiento* se refiere a aquél que tiene fundamento a través de la argumentación filosófica sustentada en evidencia lógica, esto es, razonada. Este conocimiento, una vez sistematizado mediante métodos científicos, sean de las ciencias sociales, humanas o exactas, deviene en conocimiento científico de diversa índole: teórico o práctico, acerca del ser humano o de la naturaleza, del universo o del microcosmos, de la mente y conducta de una persona o del comportamiento, ideas o actitudes de grupos o países que también puede facilitar la comprensión o explicación del acontecer mundial o de fenómenos ecológicos planetarios.

La *sabiduría* —en sentido amplio— contempla el sentido común, la sabiduría popular, y los saberes teóricos y prácticos de la realidad social situada culturalmente, o sea, el acontecer diario de los pueblos, los barrios, las ciudades y los países. Sabiduría es todo lo que hacemos en nuestro trabajo en la casa, el campo, las fábricas, las escuelas, los talleres; lo que nos enseñan nuestros padres y abuelos, así como nuestros vecinos. Lo que logramos construir colectivamente para el bienestar, el empleo decente y la cálida y sana convivencia social se consigue porque pensamos y actuamos de manera intencional, es decir, con objetivos claros, y de manera conjunta con otras personas, para producir y diseñar maneras de estar mejor en el mundo.

El conocimiento y la sabiduría, en cuanto procesos de conocimiento, tienen una dimensión histórica ineludible, pues parten de una idea primera y

simple (lo que se piensa verdadero) para devenir en el tiempo, para poder transitar por la vida con sentido, esperanza, libertad y dignidad. Esta idea primera que tenemos las personas y nuestros grupos familiares, comunitarios o de trabajo, evoluciona en otra idea que se sobrepone a la primera, y se hace más compleja. Se le sobrepone y la sustituye porque la primera se considera incompleta e insuficiente; ya no nos sirve para vivir como queremos o para atender y resolver los desafíos que se nos presentan en la actualidad. Esta idea primera, simple, ahora será una idea entre otras, y la segunda idea compuesta, más compleja, será la que satisfaga nuestras expectativas y nos permita comprender nuestra realidad y existencia vital.

En la historia del pensamiento humano, el mundo occidental tomó el camino de separar el saber común del culto, esto es, el conocimiento se distinguió de los saberes comunes. La distinción entre el saber común, el técnico y el culto tiende hacia la necesidad de armonizar los tres tipos de saber con la noción de ciencias particulares modernas, es decir, de conectar dichos saberes con la idea de ciencia moderna hegemónica y con la de sabiduría. Sin embargo, la postura predominante de las ciencias particulares establece un sentido restringido de la sabiduría; engloba en ese término al saber común y al saber técnico pero deja aparte al científico y al filosófico, a los cuales se les clasifica como conocimiento culto.

La sabiduría en sentido amplio incluye tanto la razón intuitiva como el saber sistemático y riguroso que se orienta a explicar las causas y efectos de los fenómenos; incluye también el saber teórico contemplativo y especulativo y el saber práctico o activo que implica un saber técnico específico, desarrollado mediante una experiencia práctica específica. En un sentido amplio, los diferentes tipos de conocimiento son tomados como “saber”. Esta convención nos permite englobar el saber común, culto —científico o filosófico—, técnico o práctico, así como el saber intuitivo, racional, descriptivo o explicativo y permite distinguir diferentes tipos de saber y de conocimiento, los cuales implican formas distintas de hacer las cosas, y distintas formas de acceso al conocimiento.



Fotografía: Mariana Yampolsky, St./sf. Puebla, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

Clasificaciones del saber

Se distinguen dos grandes clasificaciones del saber:

- a) Una clasificación del saber separa tres tipos: “saber técnico”, “saber de salvación” y “saber culto”.

El *saber técnico* tiene sus raíces en la necesidad práctica, la cual puede ser y suele ser material y utilitaria; se refiere a la técnica en sentido estricto. Pero puede ser también una necesidad de sentido personal de vida o de esperanza o expectativas de trascendencia ante la conciencia de que esta vida es temporal y todos vamos al ineludible final de la muerte, en cuyo caso el saber técnico es un “entrenamiento espiritual”, “entrenamiento psíquico”, lo que hemos llamado *saber de salvación*. Este saber nos permite desarrollar, por medio de creencias religiosas o saber místico, las estrategias de vida destinadas a descifrar nuestro ser y estar en el mundo, para que la vida resulte más vivible frente a la sombra de la muerte, ya sea a través de la idea de trascendencia después de la muerte en una vida eterna, o la idea de trascendencia mediante una vida organizada social

y culturalmente a través de la descendencia y de garantizar la subsistencia y sobrevivencia de la familia o, en la época actual, desde la perspectiva individualista, mediante el itinerario vital que cada mujer u hombre haya elegido. Ya no se trata, en la actualidad, de la redención, sino de proporcionarse a uno mismo la oportunidad de trascendencia, de tener una vida satisfactoria y llena de sentido y no vacía e insignificante.

Por su parte, el *saber culto* tiene sus raíces en la admiración y en la curiosidad por entender cómo y de qué son las cosas y la realidad. El saber culto puede tener también —como el saber técnico— su origen real en la necesidad, y ser un instrumento para el dominio de la Naturaleza o de los seres humanos, pero en su esencia es desinteresado. Los ejemplos más destacados del saber culto son la ciencia y la filosofía, que ya se han definido más arriba.

- b) La otra clasificación del saber es aquella que distingue el *saber vulgar o común del saber científico o filosófico*. El saber “vulgar” o “común” se funda

en la “experiencia de la vida”; en muchas de sus manifestaciones este saber adopta un realismo ingenuo según el cual las cosas son tal como aparecen ante nuestra mirada. En todo caso, este saber posee un mínimo de elementos universales y de leyes. Se ha dicho a veces que este saber carece de método y organización o, en todo caso, que se trata de un método y de una organización no sistemáticos. El saber “vulgar” y “común” puede, y suele estar mezclado con pre-juicios de todas clases, pero es frecuente que los saberes más rigurosos estén fundados parcialmente en dicho saber. Este saber está imbricado en nuestra actividad diaria, y dado el avance científico y tecnológico, los progresos en la cobertura y mayor escolaridad de la población es difícil aceptar que el saber que se funda en la experiencia de vida sea ajeno totalmente a los fundamentos científicos.

Verdad y realidad

Al ahondar en la distinción entre el saber y el conocimiento surgen dos preguntas obligadas: ¿cómo se aprehende la realidad?, y ¿dicha realidad se percibe y se entiende como una idea verdadera? Verdad y realidad son nociones necesariamente entrelazadas para entender los procesos de saber y de conocer.

Precisemos esta noción: discernir sobre aquello que se quiere conocer se refiere al proceso mediante el cual el ser humano entiende que aquello que pretende conocer no es lo que parece ser, sino que es algo distinto de lo que aparenta. Asimismo, discernir se distingue de la acción de definir (con base en Platón); se refiere a la distinción entre lo que es y lo que parece ser, es decir, discernir significa *conocer la idea*.

Definir, por su parte, implica buscar la esencia de la cosa, esto es, averiguar en qué consiste lo que es, por qué se es lo que es, o sea, conocer la causa formal.

El proceso de discernimiento sistemático y de comprensión de la realidad, de entender el mundo que construimos los humanos, se acompaña de una hipótesis ética que se refiere al valor de verdad del conocimiento. El conocimiento tiene un valor

inconmensurable para las personas y las colectividades porque implica la búsqueda de la verdad. De ese modo, la acción o el proceso de conocer se dirige a la idea de verdad de las cosas, a su comprensión y demostración causal de manera formal; el saber se desvía de una preocupación por la idea verdadera de la cosa y se aplica a la verdad de lo real: lo que importa es la realidad misma y no la idea de verdad.

Aunque en las culturas occidentales el acercamiento del método lógico para llegar a la verdad es principalmente científico, las culturas no occidentales, como las de los pueblos originarios, recurren a un acercamiento cultural, por lo común metafórico, para llegar a la verdad. Este método se sustenta en la experiencia de vida de muchas generaciones de desarrollo cultural. El método metafórico es holístico, pues incluye sentimientos y emociones, la apreciación estética y la participación en la naturaleza; se considera que no sólo lo que se expresa lógicamente vale la pena saberse. A este conocimiento se le conoce como experiencia intuitiva e incluye el saber común o popular y el saber técnico, pero también incluye las emociones y el arte.

Sabiduría y conocimiento

Dado que la sabiduría incluye tanto el sentido común —intuición y conocimiento tácito— como el saber popular y el saber culto, para aclarar la distinción entre conocimiento —científico— y sabiduría en sentido amplio filosófico aún restan algunos comentarios.

Parece necesario ahondar en la reflexión acerca del concepto de sabiduría en sentido filosófico respecto al de conocimiento científico. Acerca del saber culto la postura de no pocos científicos, que distingue entre filosofía y conocimiento científico, requiere analizarse como una cuestión compleja que necesita del apoyo de disciplinas particulares como la sociología, la psicología y la epistemología, y que es necesario tomar en cuenta a la hora de fijar una postura en la educación al respecto. Me refiero a dos posturas: la primera que postula que junto al saber común, y a menudo corrigiéndolo, se halla el saber científico; y la segunda, según la cual el saber común

es enteramente distinto del científico y así debe permanecer. Esta última se fundamenta en que el saber científico es una experiencia elaborada por el método, pero desde mi punto de vista, y de muchos educadores y científicos, el asunto del método no agota la naturaleza del saber.

Aunado a lo anterior, el tema de la *autonomía* científica se refiere a la construcción de conocimiento científico como un proceso que queda abierto y libre para tratar todos los problemas nuevos que se quiera o que pueda abordar, y diseñar y aplicar los métodos que se consideren necesarios para estudiar esos problemas de forma sistemática y rigurosa. Muestra de esto son los innumerables libros, manuales y tratados publicados y por publicar que abordan los temas, problemas, tipos de métodos y técnicas de investigación científica. Tan sólo deseo señalar que la dimensión social del conocimiento supone contestar preguntas como: ¿la sabiduría está organizada y legitimada en comunidades?, ¿son organizaciones socialmente legitimadas?, ¿son ocupaciones diferenciadas?, ¿en qué? O la dimensión psicológica del conocimiento que implica profundizar ante preguntas como: ¿quién es el sujeto que conoce?, ¿cómo conoce?, ¿qué papel tiene la experiencia en el proceso de conocimiento?; y la dimensión epistemológica relativa a ¿qué es el conocimiento?, ¿cómo se conoce?

Finalmente, y con base en la sociología del conocimiento, el significado del saber que se origina en las comunidades está íntimamente vinculado con uno de los sentidos del concepto de ideología. Desde esta óptica, la comprensión de la conducta de una persona que se conduce inteligentemente en su comunidad se hace mediante dos dimensiones: la axiológica —los valores— y la teleonómica —los medios y los fines—.

Así, una persona se conduce *inteligentemente* cuando pone en práctica una acción caracterizada por tener sentido, ya porque resulte “cuerda”, ya porque la conducta, a) fallando en su propósito tienda no obstante y manifiestamente a dicho fin y resulte por tanto “necia”; b) no se derive de ensayos previos o se respete en cada nuevo ensayo; c) responda a situaciones *nuevas*, que no son típicas ni para la

humanidad ni para el individuo; y, d) acontezca de *súbito* y sobre todo independientemente del *número* de ensayos hechos con anterioridad para resolver un problema planteado por algún motivo. Esta inteligencia es práctica, porque su sentido último es siempre una *acción*, por medio de la cual se alcanza o falla el objetivo inicial.

Recomendaciones para la acción

Es aconsejable que los educadores consideremos que los saberes que construyen las personas en su experiencia diaria, sea el trabajo, la familia o la escuela, y para el caso, en la educación popular y de jóvenes y adultos, son legítimos en el sentido de inteligentes, auténticos y verdaderos. Estos saberes se conciben como las acciones inteligentes, deliberadas e intencionales dirigidas a un fin en particular, de manera individual o colectiva, para resolver un problema en situaciones histórica y culturalmente situadas. Para el discernimiento académico la noción de conocimiento se reserva al conocimiento científico, cuyo fin en ciencias sociales es explicar, comprender, explorar o describir la ocurrencia (o no ocurrencia) de un fenómeno.

Por lo tanto, toda sabiduría incluye tanto al conocimiento científico y filosófico como al saber práctico y el común, y es legítima, en el sentido de auténtica y verdadera.

Lecturas sugeridas

- DE AGÜERO, M. (2006), *El pensamiento práctico de una cuadrilla de pintores*, México, CREFAL/Universidad Iberoamericana.
- PIAGET, J. (1988), *Sabiduría e ilusiones de la filosofía*, Barcelona, Nexos.
- SCHELER, M. (1938), *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires, Losada.